

EL DÍA DEL FIN DEL MUNDO

Ulises Zarazúa

El día de los bloqueos. El fin del mundo. Camiones de pasajeros, autobuses, tráilers y automóviles particulares incendiados y bloqueando avenidas y cruceros. Hubo también supermercados que no se escaparon a los ataques y el fuego. Gente corriendo, huyendo del peligro. Las tiendas Oxxo en llamas. A una señora le dispararon saliendo del templo de la colonia Altagracia. En el aire se respira el miedo: hay un silencio mortuorio que flota en las ventiscas y que esparce su perfume putrefacto. Gritos, desesperación, calles desiertas y, los pocos carros que aún circulan, conducidos por personas con cara de espanto, como si hubieran visto a la muerte, como si todas las pesadillas se hubieran escapado de la caja de Pandora. El fin del mundo. ¿Rumores, noticias reales, exageraciones o medias verdades? Quizá un poco de todo. Se dice que el Aeropuerto Miguel Hidalgo fue “tomado” por los narcos y se viraliza el video de un avión incendiándose (Más tarde, se supo que el avión ardiendo era un video de IA). El fin del mundo. Llamados insistentes de los noticieros para que la gente permanezca en sus casas y no se exponga. Al parecer, la ciudad se ha vuelto una tierra de nadie, un territorio a merced de la gente del Mencho, el líder del Cártel Jalisco Nueva Generación, el CJNG, “el grupo de las cuatro letras”: el cártel más poderoso del país, que incluso tiene ramales o conectes con los grupos mafiosos de Estados Unidos, de varios países europeos y asiáticos.

¿Y por qué tanto desmadre? ¿Por qué los sicarios del CJNG decidieron abandonar las sombras y volcarse a los ataques a plena luz del día? La hipótesis manejada por expertos, semi-expertos, legos, opinadores amateurs e ignorantes supinos, es que la Guardia Nacional mató al Mencho en Tapalpa, abatieron al mero-mero del cártel de las cuatro letras y su gente busca la venganza, el desquite, la demostración de fuerza o la pataleta de ahogado tras la eliminación de su mítico líder y maestro. Parece que el cártel era el Mencho y el Mencho era el cártel, y sin su líder, el mundo no merece existir. ¡Que arda Roma!

Rumores en las redes de que el Cártel va a atacar las instalaciones de la Comisión Federal de Electricidad y que, entonces, horror de horrores ¡Nos quedaremos sin luz! El

rumor se viraliza y llueven las recomendaciones de cargar el celular, para evitar la terrible posibilidad de quedarnos sin pila y, por lo tanto, aislados del mundo (aislados del mundo del Internet, que, a estas alturas, sería una tortura peor que quedarse varado en una isla desierta en medio del Pacífico). ¡Qué lejos quedó esa época en que podía irse la electricidad, podíamos estar en medio de un apagón y, pese a todo, saber que el teléfono seguía funcionando! Al menos teníamos la certeza de que podíamos conectarnos con el mundo (con nuestra fracción del mundo que eran los familiares, los amigos y el jefe de la oficina). Ahora, sin electricidad, el mundo se vuelve un caos, un escenario aburridísimo y distópico que no se le desea a nadie. Y es que, sin electricidad ni Internet, nos volvemos cavernícolas brutos, comunicándonos a garrotazos y buscando raíces para matar el hambre. Nuestra civilización pende de los hilos tecnológicos.

En un enfrentamiento en la carretera a Saltillo, cerca de la entrada al coto fifí Las Cañadas, hubo un encontronazo entre los narcos y la Guardia Nacional: en la balacera, seis miembros de las fuerzas armadas perdieron la vida. El fin del mundo. La histeria cunde, el miedo se desparrama como reguero de pólvora -o, más bien, como reguero de sangre- y las calles se vacían: se suspende el transporte público, los negocios cierran y no hay taxis. Los pobretones sin coche y que quedaron lejos de sus casas, deben rascarse con sus propias uñas y caminar y caminar. La ciudad toda se vuelve fantasmal; un cascarón vacío, un eco de lo que suele ser...

Se podrían agregar más escenas dantescas, que parecen acumularse sin fin. Es la 1:33 pm del domingo 22 de febrero del 2026 y la pesadilla aún no termina: siguen llegando noticias, en las redes, en el wasap, en los noticieros locales, de gente que quedó atrapada en un fuego cruzado, de pasajeros bajados de algún autobús y alcanzados por alguna bala perdida. De tráilers que siguen ardiendo, mientras los reporteros y camarógrafos de las televisoras chafas de siempre (Televisa, TV Azteca, Quiero TV) y muchos ciudadanos de a pie, convertidos en periodistas, graban las escenas y envían los videos al Internet, a las redes, para seguir “informando” y, de paso, seguir alimentando la histeria y el miedo. Es el fin del mundo, pero esta vez es transmitido en tiempo real.

Una reportera de N+ (Televisa) explica que el supermercado de Avenida Normalistas y Circunvalación, fue atacado con un vehículo en llamas. En un ejemplo de inocencia

imbécil, la mujer señaló que la tienda había quedado sin vigilancia y que cualquiera podría llegar a saquear los productos, pues, además, los policías y las fuerzas del orden estaban muy ocupadas atendiendo los incendios y balaceras. El Sindicato de Saqueadores, por supuesto, agradeció a la inocente reportera el tip y la ubicación.

No contento con el caos en la ciudad, este cronista recibió, a las 9:30 de la mañana, la llamada de su hija, quien había ido al centro comercial Plaza Patria desde la mañana, para obtener el autógrafo de alguien que hace doblaje. Como era de esperarse, la ceremonia de los autógrafos -un asunto por demás frívolo ante el Armagedón que ocurría en las calles- se suspendió. “Me dirijo a la Línea 3 del Tren Ligeró”, me dijo. A los quince minutos de esperar el tren, los empleados de SITEUR les avisaron que se suspendía el servicio y que, por favor, desalojaran las instalaciones... Tampoco había taxis de plataforma. Las noticias de los autos incendiados y las balaceras llegaron a las plataformas y las cerraron. La histeria familiar empezó a subir de nivel. Fue entonces que mi querida vástaga decidió solicitar, a su sacrificado padre, la salvación (y el rescate desde el Infierno).

Sin haber desayunado -lo cual, aumenta los aires de epopeya de la misión-, me lancé por mi hija en el auto familiar. Fue entonces que todas aquellas notas, videos y escenas de las redes, que, al principio tomé como noticias fake, se volvieron reales: el cruce de Rio Blanco y Avenida Cañadas estaba cerrado. Había un camión atravesado -aunque no incendiado-, una tira de plástico amarillo de “no pasar” y un par de patrullas policiacas con patrulleros mal encarados. Intentaba seguir por Rio Blanco para llegar a Avenida Las Torres y evitarme la zona del peligro. No se pudo. Todos los autos debían dar vuelta en U. También lo hice. Seguí a los coches que buscaban dejar esa orilla urbana y meterse a la ciudad. Un montón de autos enfilamos por Industria Textil, hacia el sur. Pasando la Unidad de los beisboleros, había mucho humo que salía de lo que yo tomé por una pollería... No me quedé a averiguar. Intenté dar vuelta a la izquierda, para cortar camino hacia el Periférico, pero esa calle estaba cerrada. Había muchas patrullas circulando a gran velocidad. No tenía el tiempo ni el humor para consultar el Google maps o el Waze. Regresé a la ruta original y por fin pude cruzar el Periférico. Pocos conductores respetaban los semáforos. Regía una especie de Ley de la Selva, cuyo único requisito era fijarse si no venía otro coche. Al circular frente al nuevo Costco Belenes, pude ver, al otro lado del Peri, un camión de pasajeros completamente

carbonizado, justo enfrente del Banco Santander de Plaza San Isidro, es decir, mi sucursal. Tragué saliva. Subí por Parres Arias hasta entroncar con Laureles y Avenida Américas. Tomé el túnel. El tráfico fluía pues había pocos coches. Por fin llegué a Plaza Patria. Unos empleados no dejaban entrar a los coches ni a los clientes; estaban cerrando. Mi hija ya me esperaba. Regresamos por la misma ruta. Esta vez, pasamos justo a un lado del camión chamuscado: tenía aires de historia de horror. Me imaginé a los pasajeros, aterrados y en medio de gritos y empujones, saliendo del vehículo antes de que la gente del Mencho incendiara aquel armatoste, con un bidón de gasolina y un cerillazo. Me pareció un gran caracol de mar, con un montón de ecos atrapados. A nuestro lado, pasaron más patrullas.

Doblamos a la derecha, en Av. Cañadas. A unos cien metros, justo frente al Walmart Cañadas, había un auto con las últimas llamas que lo devoraban. El fuego dirigía sus lenguas ardientes contra la carrocería. Era como si los comandos del Mencho, más que sicarios buscando el caos, fueran pequeños huracanes dejando una estela de destrucción y miedo. Como si quisieran, antes que nada, dejar huellas visibles de su existencia; marcas que quedaran en el paisaje, en las redes y, sobre todo, en la memoria y en el corazón estrujado de los tapatíos.

Retomamos Avenida Industria Textil. Se trataba de dejar aquel territorio hostil y tóxico que siempre hemos llamado ciudad, y llegar a guarecernos a nuestra madriguera hogareña. Pasamos por lo que yo, veinte minutos antes, había tomado por una pollería humeante y era, en realidad, una tienda Oxxo envuelta en llamas. A pesar de tener dos carros tras de nosotros, bajé la velocidad para que mi hija tomara video de la quemazón oxxística. Para ese entonces, ya me sentía un mazacote de miedo, morbo y excitación. Me disponía a doblar en Mirador de San Isidro, pero, por el retrovisor, vi que se aproximaban dos vehículos a toda velocidad. La intuición más reptiliana me sugirió orillarme y dejarlos pasar. Eran una camioneta Jeep roja de lujo y una pick up polarizada. Desaparecieron de inmediato. Una hora más tarde, un vecino subió una foto al chat, donde se ve a los ocupantes de la Jeep roja bajando con amenazas a los ocupantes de otro vehículo. Volví a tragar saliva. Sobre la Av. Mirador de San Isidro, a dos cuadras de nuestra casa, quise llegar a la tienda en la que siempre compramos, algo de fruta y otras cosas. No pudimos: los tenderos la estaban cerrando y, además, había una camioneta de lujo atravesada a media calle y con las llantas ponchadas...

Me quedé apendejado viendo aquella escena, hasta que mi hija me gritó que nos largáramos a la casa. Llegamos a la madriguera, salvos, vivos, con hambre y con un miedo que nos mordía bajo la piel. La ciudad, con sus explosiones y balaceras, con sus sirenas de la policía aullando a todo, con sus narcobloqueos y sus víctimas inocentes, había quedado allá lejos, afuera. Nos metimos a la casa, y dimos varios suspiros, como si nos empeñáramos en crear la ilusión de que estábamos a salvo; que el peligro se terminaba al franquear nuestro cancel. Era el fin del mundo, es cierto, el Armagedón versión tapatía, pero al menos, nuestro hogar parecía abrazarnos como una madre bondadosa que protege a sus hijos y que, en todo caso, posterga ese final.